

CAPITULO X.

Donde se ve que la herida cuando viene de mano de estudiante no trae aparejada amputacion.

I.

Felipe Cuevas tenia dos pensamientos, el uno era conseguir á todo trance el amor de Isabel, y el otro desenmarañar la tela que envolvía á su buen amigo Mondoñedo.

Dirigióse el estudiante á la casa de Santiago Gonzalez, que era una pequeña viviendita de casa de vecindad.

Gonzalez vivía con su hermana Loreto, que se mantenía, y de paso mantenía á su hermano, con el trabajo ingratísimo de la aguja.

Había dos razones para que Loreto no se hubiera casado; la primera, que era fea de *primo cartel*; y la segunda, que era pobre.

He aquí dos razones mas que suficientes para alejar al sexo feo.

Loreto era una buena muchacha, honrada por supuesto; eran

tan pocas las tentaciones, que el diablo debía estar desesperado de aquella virtud sin acechanzas ni enemigos.

Felipe Cuevas era medio literato; ya sabemos por esperiencia lo que valen las cosas á *medias*.

El estudiante sabía versos de memoria y trozos de comedias; ponía cartas de amores con perfeccion, y sabía galantear á una dama á las mil maravillas.

Santiago Gonzalez estaba, en la época á que se refiere esta verídica historia, en un estado tan triste, que solo visitaba por las noches, y eso pretestando enfermedad de la vista, para estar en la penumbra y no poner de manifiesto sus destrozados vestidos.

Gonzalez tenia buen cuerpo, sabía llevar perfectamente la levita, cuando la tenia, y cuando no, no la llevaba de ninguna manera.

Loreto le compraba todos los dias los cigarros, y cada año los libros.

Santiago concurría con puntualidad á sus cátedras de clínica y al hospital; se chanceaba con las Hermanas de la Caridad, se hacia obsequiar de ellas y hasta le pedia prestados algunos reales á la superiora.

Sor Dolores se reía de las ocurrencias de Gonzalez, y lo tenía por un gran calavera, y no permitía mucha intimidad con las muchachuelas.

Cuando el estudiante comprendía que Loreto no contaba con un centavo, empeñaba el libro en la esquina del Colegio de Niñas, donde un español le prestaba cuatro reales sobre cuatro volúmenes.

A los pocos dias el estudiante sacaba sus *autores* hasta mejor oportunidad.

La llegada de Felipe Cuevas con Isabel, lo hizo saltar de gozo; le llevaban á su casa, á su propia casa, á una muchacha; aquello era entrar un ángel por la chimenea.

El primer dia, Santiago Gonzalez estuvo retirado, no puso

los pies en la casa hasta muy noche, en que fingiendo que tenía mucho que estudiar se retiró á su cuarto.

A la mañana siguiente se ofreció á la orden de Isabel; el tercer dia estuvo toda la tarde con ella, y ya desde el cuarto tomó tal confianza que solo salia á las horas de cátedra.

II.

Felipe Cuevas llegó con aire de tutor á la casa de depósito. Isabel le preguntó noticias de don Fernando.

—Bonito papel estoy haciendo! dijo para sí el estudiante.

—No puede prolongarse esta situacion, señor Cuevas, decía la jóven abandonada.

—Ya lo creo; pero no encuentro como variarla, á menos que usted no quiera volver á la casa paterna.

—Me mataria mi padre.

—Y tendria razon.

—No está malo el consuelo.

—Yo tenia algo mas que proponer á usted.

—Deseo oír cualquier cosa por extraña que sea.

—Pues bien, yo ---- me ---- la ----

—Siga usted.

—En fin, yo quiero casarme con usted.

A pesar del estado de impaciencia que guardaba la jóven, comenzó á reirse de una manera tan tenaz y estrepitosa, que el estudiante quedó desconcertado.

—No veo, dijo, motivo para una alegría tan inusitada.

Isabel se reia con mas gana.

—No creo que sea esto una burla; la propuesta de matrimonio es un negocio muy sério para echarlo á risitas.

—Hable usted con formalidad, amigo mio, no estamos para bromas.

—Le parece á usted bromita un sacramento?

—No el sacramento, sino el sacramentado.

—Señorita Isabel, espero que usted reflexione y me resuelva en el término de tres dias.

—Usted se chancea, señor Cuevas, y tenemos mucho de que tratar.

—Yo de nada entiendo; elija usted: la casa del señor Torre-Mellada, y en ese caso va usted sola, porque yo no sano aún del muletazo, ó se casa usted conmigo y *pax christi*.

—Vea usted, hablando con franqueza, no acepto ninguna de las dos propuestas por inconvenientes; yo me encargo de resolver sobre mi porvenir.

—Me mataré.

—Lo sentiré mucho.

—Dejaré un papel declarando que usted ha sido la causa de la catástrofe.

—Y yo lo negaré, caballero.

—Y yo lo afirmaré.

—Despues de muerto?

—No importa.

—Señor Cuevas, lo que yo siento hácia usted es gratitud por sus atenciones, reconocimiento profundo por una conducta tan noble aunque no tan desinteresada.

—Hablemos claro, lo que yo sospecho ya con fundamento es que Santiago Gonzalez le está haciendo á usted el amor.

—¿Y que tiene de particular?

—Para usted nada.

—El señor Gonzalez lo que hace es entretenerme con el relato de versos y la representacion de dramas.

—Vea usted, Isabel, es mejor que no la entretenga á usted, en eso hay un peligro que usted no percibe, ese hombre se arastra como una serpiente boa en pos del cariño de usted y acabará por conseguirlo.

—Se engaña usted, yo tengo un amor desgraciado pero inolvidable.

—Ríase usted de ello, ese Santiago Gonzalez es un fenómeno en materia de amores.

—Confieso que es simpático.

—Lo dicho, ya está enyerbada, ese hombre me la roba, á mí, á mí que he sufrido un muletazo paterno que me fracturó una costilla, á mí que la he respetado como á una imagen!

—Señor Cuevas, sosiéguese usted, vea que pueden oirlo y ponerme en una situación horrible.

—Es verdad, soy un bruto; ¡á cómo estamos hoy?

—A veintidos.

—Bien.

Felipe Cuevas sacó una cartera y apuntó la fecha.

—¿Qué apunta usted?

—Nada, es una antigua costumbre, yo conservo en esta cartera la memoria de lo que me sucede mas espantoso, y lo que veo de mas raro. Pase usted la vista, hágame usted el favor.

Isabel tomó la cartera y leyó:

“Dia 1, 2 y 3 no tuve que comer.”

“Dia primero de Octubre de 54 ví mil monos en la casa de fieras de Nueva-York, entre ellos uno verde esmeralda.”

Isabel volvió á reirse.

—Así se rie usted de la desgracia!

—No, hombre, de los mil monos americanos.

—Es cierto, ciertísimo, y un cocodrilo mas carnívoro que mi casero.

—Es usted un hombre célebre.

—Sí, mucho, sobre todo cuando se me desaira; vea usted mejor estaria entre los horrores del museo que en esta situación.

—No desespere tan pronto.

—Es decir que hay alguna esperanza.

—No digo tanto.

—Bien, esperaré hasta que usted se decida á aceptar mi man-

III.

Entró en ese momento Santiago Gonzalez con una botella de anisete y unos pasteles.

—Loreto! Isabelita! llegó diciendo el muy socarrón.

—Hola! tú por aquí, compañero?

—Sí, dijo Cuevas con solemnidad, tengo el cargo mas difícil, el cuidado de esta jóven infeliz.

—Déjate de tragedias y vamos á hacer la colacion de la noche.

—Este bribon, pensó Cuevas, está gastando los cien duros de la libranza.

Loreto llegó á completar la tertulia.

Isabel, que por ser muy jóven olvidaba con frecuencia el chasco que le habian dado los parásitos de Don Fernando, tenia momentos alegres.

—El primer brindis por Isabelita, dijo Gonzalez.

—Lo estimo mucho, respondió la muchacha.

—Con que usted se alegra? dijo intencionalmente Cuevas.

—No hay motivo para entristecerse.

Las copas se vaciaron.

—Brindemos por tu hermana Loreto que es un angel, un ángel sacrificado por tus barbaridades.

La segunda edicion del vino se consumió.

Signieron los pasteles, que tambien terminaron.

Las jóvenes suspendieron las libaciones, pero Felipe Cuevas continuó impávido, diciendo que el cuatro de Julio, aniversario de la independencía de los Estados-Unidos, habia tomado todo el dia patriótico, con interrupcion de algunos minutos, botellas de coñac en memoria de Washington sin atarantarse.

Santiago se perturbó algo y comenzó á requebrar descaradamente á Isabel.

Alteróse Felipe Cuevas, mas no teniendo derecho para retar á su amigo, se salió rechinando los dientes como un condenado.

Apoderóse de su cerebro exaltado una idea verdaderamente extraña.

Fué á su casa, sacó un florete perteneciente á Mondoñedo y se dirigió lleno de brio en busca del estudiante, á quien hacia en la casa del templo de Regina.

Larga es la distancia que media entre la apartada calle donde vivia Santiago Gonzalez y la plazuela de Regina.

Felipe Cuevas llevado entre los vapores del vino atravesaba las calles sin estar seguro del terreno que pisaba, porque los edificios parecian bambolear á su paso y las banquetas hundirse.

Algo lo refrescó el aire frio que soplabá, pero una circunstancia acabó de dar al traste con la cabeza del estudiante.

Al pasar por el café Fulcheri, lo detuvieron varios compañeros de escuela, á quienes Cuevas ni habia conocido entregados sus proyectos y reflexiones.

—¿Donde irá ese pájaro?

—Al infierno, contestó Felipe, sin saber quien le hablaba.

—Pues deténgase el embozado.

—No me dá la gana!

—Es que hay algo que beber,

—Esa es otra cosa, acepto.

Reunióse Felipe con los estudiantes y entraron á uno de los gabinetes elegantísimos de Fulcheri.

—No me gustan estos establecimientos, dijo Cuevas; mucha luz, mucho oro en los tapices y mármol y terciopelo; pero nada de sustancia.

—El coñac es famoso, observó uno de la estudiantina.

—En todas partes es lo mismo, con la diferencia que aquí vale un real la copa, y en la vinatería una cuartilla.

—Es que no lo has probado.

—Pues probémoslo si hay quien lo pague, y si no que se quede á deber; pero siempre que lo traigan.

Diciendo esto dió furibundas palmadas sobre la mesa.

—Poca repercusión tiene la piedra; ¡canario! en el café de la calle de las Ratas el primer golpe se oye en la Plaza de Armas.

—Como que las mesas son de madera.

Presentóse inmediatamente un criado y le ordenaron trajese seis copas de coñac.

Luego que las trajeron, Felipe despachó la suya con aire campechano.

—Por los calzones del Mal-ladron, que esto parece un jerez.

—Te lo habia dicho.

—Bien recomendado, que me traigan otra, necesito templarme á la heróica.

—¿Hay aventura pendiente?

—Siempre traigo alguna en sal, pero nunca como la de esta noche, ved.

Felipe Cuevas enseñó el puño del florete.

—Cuchilladas tenemos?

—Sí, ya saben que tengo estudiada una formidable estocada, uñas abajo, uñas arriba y á fondo.

—Hombre muerto.

—Tan muerto que ya vereis mañana algo parecido.

—Es algun rival?

—No, á esos los veo poco mas ó menos, ellos no tienen la culpa.

—¿Pues de qué se trata?

—De romper con este florete una telaraña.

—Esa es cuestion de poco momento.

—Es que la telaraña es de acero.

—Varía la cuestion de aspecto, amigo mio.

—Para romper telarañas comunes basta una escoba; mi proyecto es mas vasto, mas heróico y piramidal.

—¿Necesitas compañía?

—Bastante compañía es la del coñac.

—Eso es lógico.

—Con que los abandono.

—Que Dios te lleve por buen camino y no pases la noche en la Diputación.

—No hay cuidado.

Salióse Felipe Cuevas mas atarantado aún de lo que había entrado, y siguió su rumbo á la plazuela donde había puesto la proa.

IV.

La noche era densamente oscura y el viento silbaba azotando á los transeuntes y á los edificios.

—¡Demonio! decía Felipe, cada instante me descubre el viento, y temo que vea algun curioso mi tizona.

Seguia calle adelante hasta detenerse frente á la iglesia.

El barrio de Regina tiene un aspecto sombrío, la torre se destaca entre las sombras como un fantasma y reinaba en torno del templo un silencio sepulcral.

El estudiante rondó algunos minutos la casa de Rosa.

—Allí debe estar mi amigo, es preciso salvarle, yo no debo dejarle perecer impunemente: bastante me indicó que necesitaba del auxilio de un brazo; ademas que Mondoñedo es un manco atado y pobre de espíritu. Estoy por llamar á esa puerta y romper el misterio.

Estaba Felipe Cuevas á punto de cometer una barbaridad, cuando al sonar la primera campanada de las once, la vidriera del balcon de Rosa se abrió pausadamente, pero sin dejar ver bulto alguno.

El estudiante se puso en acecho desde un zaguan del frente. Oyéronse pasos lejanos.

El ruido se iba percibiendo con mas claridad.

Un caballero embozado hasta los ojos se detuvo bajo de los balcones.

Asomóse una mujer y dijo en voz baja al caballero:

—La señorita está ocupada en este momento; que aguarde usted unos minutos.

—Bien.

El embozado comenzó á pasearse á lo largo de la calle.

Felipe Cuevas, á quien estaba haciendo todo su efecto el alcohol, se le metió en la cholla que se tramaba algo contra su amigo, y que aquel embozado era un satélite de la dama á quien era preciso retar en duelo.

Llevado por el estrabismo de sus argumentos se dirigió al embozado y le dijo con altanería:

—Se servirá usted decir á quien ronda la calle?

—Algo debe importar al que pregunta de una manera tan arrogante.

—Algo y mucho; si no se echa fuera de la calle reñimos.

—Sea, dijo el caballero, que llevaba una espada de buen temple.

Despojáronse de sus capas aquellos dos calaveras y comenzaron á reñir como si tuviesen ofensa que vengar.

Al ruido de las armas fué cuando Rosa se acercó á su balcon, de donde se desprendió llena de inquietud con la visita del general.

Estaban en lo mas empeñado de la lucha, cuando el portero se acercó á los contendientes sin atreverse á interrumpirlos.

El florete del estudiante penetró en el brazo del desconocido y la espada se le escapó de la mano.

Felipe Cuevas, que vió retroceder á su enemigo, se apresuró á huir por los intrincados callejones del barrio.

—Ese hombre está loco, dijo la voz conocida de don Fernando, el brazo me libró de una estocada mortal. Y envolviéndose en la capa esperó con el mayor reposo la hora de la cita.

El viejo tomó la carta y dijo á la condesa:

—El señor de Mondoñedo hace tres horas que espera su turno.

—Me habia olvidado, que pase.

II.

El estudiante habia acudido al llamado de la jóven despues de revelar su secreto á Felipe Cuevas.

Pensaba Mondoñedo en el fin que debia tener aquella aventura singular y en el cariño inmenso que se habia apoderado de su alma al contacto de aquella mujer encantadora.

El estudiante soñaba con el amor de Rosa y ese velo de poesía misteriosa que la circundaba.

La altivez de la jóven, sus ademanes majestuosos, sus firmes resoluciones, su carácter impetuoso y su energía obstinada, formaban un contraste con aquel rostro de serafin.

Rosa aparecia á los ojos de Mondoñedo como un ser excepcional, grande y sublime; así era tambien el amor creado sobre aquella forma gigante.

El amor brotado en el alma del estudiante, era una de esas plantas venenosas que pueden dar la vida como ocasionar la muerte; era un sentimiento impío luego que se concentraba en un solo objeto para olvidar todo lo que le rodeaba, y una idea religiosa al mismo tiempo; porque amaba á Dios y bendecia su hechura sobre la tierra en la forma encantadora de la jóven.

A fuerza de hablar con ella, de aspirar su aliento, de recibir el rayo de sus miradas en el silencio eterno de su alma, la pasión mas sombría se apoderó del corazón vírgen aun á esas impresiones terribles de la vida.

Mondoñedo era un sonámbulo, andaba en medio del sueño, veia á Rosa, la llamaba y aquella sombra entraba en el misticismo de su creencia.

CAPÍTULO XI.

De como es preferible tener una estocada en el brazo, que un dardo en el corazón.

I.

Hemos visto á la jóven condesa levantarse terrible y amenazante al convencerse de que el general no entraría en sus planes sobre la candidatura de Don Juan de Borbon para el trono de México.

Luego que el general abandonó la estancia, dejando rotas del todo sus relaciones con los agentes del conde de Montemolin, la dama se acercó al bufete y escribió con mano segura estos renglones:

“El general Robles Pezuela sale mañana de la capital á una de las fincas de campo de las inmediaciones, á esperar la llegada de las escuadras europeas. Luego que las fuerzas hayan desembarcado, partirá á Veracruz para ponerse de acuerdo con el general Almonte. Robles Pezuela es un hombre muy peligroso.”

Tornó á tocar la campanilla.

—Un hombre de toda confianza, dijo á su viejo guardador, llevará este billete al ministro de la guerra.

Habia un sol en el mundo de sus ilusiones, una luz vivísima que caía en llama eterna sobre su pensamiento.

Oía por acaso el nombre de su ídolo, y se estremecía terriblemente.

Buscaba en el susurro del viento las palabras de Rosa, quería que el aire perpetuase los ecos argentinos de aquella voz cuyo timbre lo tenía despierto aún en sueños; porque durante sus vigiliadas prolongadas la visión se presentaba coronada de estrellas á turbar los mares tempestuosos que rugían en el fondo de su alma.

Arrastrado por aquel torbellino, esperaba el mundo de los acontecimientos que rompiese el hilo misterioso que lo ataba á la jóven con una fuerza irresistible.

Como la hoja moviéndose al menor soplo de viento, aquella alma obedecía á una voz imperiosa, íman de sus acciones y pensamientos.

Era el amor imposible en todas sus faces; porque el estudiante se había forjado lo irrealizable; porque el giro de la imaginación y el avance de la fantasía no los alcanza ni la luz!

III.

Presentóse Mondoñedo procurando conservar algo de aliento. A la sola vista de la jóven, el estudiante no pudo articular una palabra.

Rosa tomó su aspecto familiar y le indicó asiento; él aceptó temblando.

Nadie hubiera conocido tras aquella sonrisa angelical la tormenta que acababa de cruzar por el corazón de la condesa.

—Deseaba, dijo con un acento encantador, que me contárais algo de ese mundo en que os habéis lanzado con tan buen éxito.

—Señora, bien poco tengo que referir, si nó es una aventura graciosa por lo excéntrica.

—Se trata tal vez del conde vuestro amigo?

—Precisamente.

—Una nube lijera pasó por el semblante de la jóven.

—Cuente el señor estudiante, que debe ser muy divertida.

—Es el caso que don Fernando le hacía el amor á una muchachuela hija de un inválido llamado Torre-Mellada.

Rosa se mordió ligeramente su labio inferior.

—Conque le hacía el amor?

—Sí, pero solamente por broma, figúrese usted que la señorita no merece la pena.

—Adelante.

—Los amigos del conde tuvieron la ocurrencia de robar á Isabel, que así se llama la heroína.

—¿Y consumaron el rapto?

—Fué una cosa muy sencilla: con un recado de don Fernando abandonó el hogar y se entregó á su destino.

—Continuad.

—Los amigos del conde le fueron á dar parte para que acudiese á ver á la dama.

—¿Y fué el conde? preguntó con acento desconcertado la condesa.

—¿Algo le pasa á usted, señora?

—Me conmueve ver á una jóven presa del engaño y de la perfidia.

—Efectivamente es doloroso.

—Vuestro amigo correría en pos de Isabel?

—No, eso es lo excéntrico de que hablaba.

Serenóse el semblante de Rosa.

—El conde reprendió á sus amigos y ordenó que la entregasen á un estudiante que estaba enamorado de la muchacha.

—Es una orden singular.

—Don Fernando no quiso ni aún verla.

Es muy tarde, dijo Rosa, y tengo deseos de reposar; he pasado un día muy inquieto.

—Señora, dijo Mondoñedo sin poderse contener, yo no sé lo que pasa por mí: cada vez que salgo de esta casa, me siento loco y profundamente abatido; es que no está en mi arbitrio contener el torrente desbordado de mi cariño; compadézcase usted de mis sufrimientos!

—Tengo un sueño horrible, dijo Rosa; otra vez hablaremos tenga usted calma.

—Es que estoy al borde de un abismo y acabaré por quitarme la existencia.

—Le prohibo á usted disponer de una vida que me pertenece.

—Es cierto, señora.

—Venga usted mañana, que tenemos algo que arreglar.

Salióse Mondoñedo pensando en las palabras de la jóven: "prohibo á usted disponer de una vida que me pertenece."

El lector, si ha sufrido mal de amores, comprenderá todo el cúmulo de deducciones que sacaría un sofista enamorado, de aquellas frases misteriosas que nada querían decir entre platos.

—Le prohibo á usted disponer (luego me manda), de mi existencia (luego yo existo) que me pertenece ---- Aquí ---- aquí está la ponzoña!

Pobre estudiante! ignoraba que la ponzoña la llevaba en el corazón.

IV.

Luego que salió Mondoñedo la jóven se asomó al balcón, dió una ligera palmada y el caballero de la calle se acercó recalcadamente.

—¿Sois vos?

—Sí, alma mia, respondió el conde.

—¿Qué ha pasado?

—Casi nada.

—He oido el choque de espadas.

—Me encontré á un hombre que me disputó el paso y me atacó inmediatamente.

—¿Has sufrido algo?

—Una ligera herida en el brazo.

—¿Dios mio!

—No hay cuidado.

—He oido algo en que tu nombre está mezclado.

—Demonio! murmuró el conde, ya sabe lo de la señorita Mons; y luego, alzando la voz, dijo:—No des crédito, á esas especies que se propalan con ánimo de desprestigiar-me.

—Es que no solo son rumores.

—Te juro, alma mia, que en la tertulia del señor Mons no tengo interes alguno.

—Pues me lo han asegurado, insistió la jóven, que sorprendió el hilo de una nueva aventura de su amante.

—Cierto es que concurre á sus diversiones, y aun mas te diré, le he dirigido galanteos de sociedad á Eloisa, y nada mas.

—Aun hay mas todavía, tornó á insistir la jóven enamorada, cuya voz comenzaba á hacerse trémula.

—Te habrán dicho que acompañé á la familia al paseo de Todos Santos, dándole el brazo á Eloisa; pero todo ello fué obra de la casualidad.

—Retiraos, caballero, dijo Rosa con severidad, os habeis hecho insufrible.

—Por Dios, Rosa, decia el galan, no sospeches de mi cariño.

—Idos, y no me volvais á ver, dijo la jóven con altanería; y cerró precipitadamente la vidriera de su balcón.

—Demonio! todo se lo llevó la trampa, exclamó don Fernando, y esta herida que ya se explica con un dolorcillo mas que regular.

Envolvióse el brazo fuertemente con el pañuelo.

Ya habia dado algunos pasos para retirarse, cuando volvió a abrirse el balcon.

—Os marchais, caballero?

—Me habeis despedido de una manera cruel.

—Explicadme todo y acaso os perdonaré.

—Rosa mia, la sociedad tiene sus exigencias, y no he podido excusarme.

—Pero no teneis interes alguno por esa mujer?

—No tengo mas aliciente que tu cariño.

—Y es hermosa la señorita Mons?

—Delante de tí no háy mas que tú.

—Gracias, caballero, pero no os creo; habíais de pensar yo soy una muger desgraciada; que vivo en el silencio de un retiro porque mi padre prefiere el ostracismo á permanecer en Inglaterra despues del derrumbamiento de su fortuna.

—Es cierto, pero yo te amo con delirio.

—Indagaré si es cierto lo que me decís.

—Soy hombre muerto, murmuró el conde.

—No os molesta la herida?

—Comienza á fastidiarme.

—Pues idos.

—Adios, Rosa!

—Adios!

—Me amas?

—Mañana podré contestaros.

—Una palabra nada mas.

—Mañana.

—Rosa, por compasion.

—Bien, os amo.

—Gracias!

—Adios!

V.

—Oh! dijo la jóven reclinándose sobre los almohadones de su lecho, ese hombre es mi vida, los celos me arrebatan, pero acrecientan mi cariño. Cuando se iba á marchar sentí que me faltaba la existencia y le detuve; esta debilidad es horrible; pero no soy dueña de mi voluntad. Le amo con toda el alma.

Quedóse la jóven sumerjida en una indolencia profunda.

Volvió despues la reaccion de su espíritu, y dijo con voz alta á pesar de hallarse enteramente sola:

—Es necesario revelar todo, este secreto me pesa sobre el corazon, le diré quien soy para que una el respeto á su cariño. Me cree hija de un comerciante y esto humilla su ser aristócrata; ademas que sus tendencias políticas son las mismas que me han arojado á este país.

Despues de algunos momentos prosiguió:

—Este necio de Mondoñedo me ha puesto al tanto de todo lo insignificante, nada me ha hablado de esa señorita Mons.... no importa, el amor que he despertado en el corazon de ese miserable, pone su vida á mi disposicion, los acontecimientos se suceden rápidamente y puedo necesitarle.... Dios mio! este amor me ha subyugado á un extremo irresistible: si otro hombre se hubiese permitido levantar la vista á una mujer.... si le hubiera arrojado de mi corazon para siempre!.... pero entonces yo no hubiera sufrido este tormento, al verlo ausentar, ni le tendria miedo á una separacion que seria mi muerte!

Dos lágrimas como gotas de rocío se desprendieron de las ardientes pupilas de la jóven!